

BELGICA, NACION EJEMPLAR⁹³

Cuando vemos el afán, el ansia loca con que muchos de nuestros contemporáneos buscan riquezas y placeres, lujo y superfluidades, honores y preeminencias, cuando la experiencia diaria nos impresiona con esa sed de lucro, con esa ausencia de sentido moral, fácilmente observable en hombres de todas las categorías, que no se conforman con lo modesto, con lo sencillo, con lo que puede en cada caso obtenerse sin mengua del decoro y sin lesión de la conciencia; sentimos la necesidad de asomarnos a otras perspectivas, de buscar y encontrar —bien sea en el ayer o en el hoy— algunas formas de vida que no desciendan a niveles tan bajos.

Con agradable sorpresa me he enterado a través de substanciosa crónica, de que esa modalidad de existencia más noblemente humana, existe de hecho y por fortuna en la católica Bélgica.

Jules de Grenoble, en crónica que publica “La Opinión” de Los Angeles, Calif., nos pone a la vista lo que pudieramos llamar el milagro de Bélgica.

Allí perdura el respeto a la tradición de los mayores. Allí no han hincado su garra funestos SNOBISMOS, audacias exóticas o desbocadas concupisencias. La felicidad allí únicamente se concibe dentro de la intimidad del hogar y con arreglo a los viejos y cristianos usos y tradiciones: respeto y veneración a los padres, fidelidad conyugal, moralizadora disciplina, “leyes de obediencia de paz y de hospitalidad; organización sencilla en que todo es leal y abierto, y en donde existen aun las categorías del patriarca y del primogénito”.

La finalidad de la vida no se sitúa en la adquisición de la opulencia ni en el desenfreno para el goce y el libertinaje: mucho menos, en la fiebre de la codicia insana.

“Vivir tranquilamente en su casa, construir un hogar lleno de dulce intimidad, comer bien, beber hasta la moderación lo tolere; fumar una filosófica pipa o un aromático cigarro; y si los negocios y la economía lo permiten, colgar en el

93 El Universal, 18 febrero de 1948.

despacho o en el comedor un viejo cuadro de impresionismo, artísticos retratos, honestas representaciones de escenas de familia, con el santo orgullo de poseer algo de arte en propiedad. A eso se reducen y en eso consisten las aspiraciones de la mayoría de los belgas. Nada estrambótico, nada exorbitante, nada que disuene, nada que evoque o que despierte bajas pasiones o demoledores impulsos.

Ni el desgano que en otros países produjo la amargura de la posguerra, ni el afán de inmoderado lucro que ahí fue una de las mayores plagas; ni una ni otra cosa —nos explica Grenoble— lograron abolir en Bélgica el culto al trabajo ni el respeto al legítimo beneficio en los negocios, que siempre han caracterizado a la idiosincrasia belga.

“Bruselas ofrece al extranjero un aspecto tranquilo, de orden natural, que desconoce la amenaza y el desasosiego. El nerviosismo, la inquietud o la desconfianza que en otras ciudades europeas resaltan, no se perciben en la capital de Bélgica. Algunos extranjeros pensamos que Bruselas parece una isla del siglo XIX, laboriosa y entusiasta, en medio de la vorágine del momento presente.”

No ha podido implantarse ahí ese funesto extremismo que en las organizaciones de otros países ha logrado imponerse. Las reformas sociales funcionan en Bélgica con sentido equitativo y no con espíritu destructor.

“Los impuestos y las ganancias o beneficios se reparten con arreglo a las posibilidades de cada ciudadano. Un kilo de mantequilla cuesta mucho más barato a un trabajador clasificado como “económicamente débil”, que a un capitalista considerado como “económicamente fuerte”... El Estado reembolsa a los trabajadores la diferencia de precio de ciertos artículos que con arreglo al salario básico de ejercicios anteriores, ha aumentado.”

Lo que en definitiva se busca, es hallar un orden justo en la distribución de nuevos deberes sociales, sin que ello traiga consigo en modo alguno, el desconocimiento de los derechos y usos tradicionales que sean acreedores al respeto de todos.

Pero lo que más que cosa alguna preocupa a los moradores de ese país ejemplar, es la conservación de los fueros de la familia. Esto se observa en la propia Bruselas, en la que no obstante ser una gran ciudad, subsisten en toda su pureza las costumbres hogareñas que en otras naciones apenas si se salvan en las pequeñas aldeas o en oclutos villorrios.

El secreto de todo radica en que los belgas no se entusiasman fácilmente con exóticas novedades o con radicalismos plenos de promesas equívocas. Así lo declara enfáticamente el juicioso Grenoble.

Esto que para nosotros constituye una revelación, nos transporta al mundo del pasado, a esa época no muy lejana, en que México no era un invadido por la fiebre del lujo, por la manía de la ostentación, por la tendencia morbosa al lucro excesivo o al enriquecimiento vertiginoso.

Vida austera la que entonces se llevaba, costumbres cautivadoras y sencillas, en que cada cual se conformaba con la modesta posición y las escasas exigencias marcadas por la tradición de probidad y el noble ejemplo de los mayores. Nadie trataba de sobreponerse con ilicitud a los demás; no se tendía a buscar ascensos en la posición o en el nivel de vida, conquistables solo a base de indignidad, de turbios negocios o de claudicaciones humillantes. Cada cual se mantenía dentro de los límites de sus recursos y de la más honesta posibilidad. Ni el hombre de la clase media aspiraba a vivir como magnate, ni el hombre acaudalado ponía su ideal en sostener una existencia principesca, para sobre salir en medio de todos y deslumbrarlos con su fastuosidad y su artificial grandeza.

Fue aquella la época de los grandes patriotas, de los magistrados integerrimos, de los funcionarios de probidad incorruptible, sobre los que no pesaba ni la sombra de una sospecha. Subían al poder con el exclusivo propósito de poner sus energías al servicio de la nación, y cuando descendían de sus cargos, sus manos se hallaban limpias: no las habían manchado ni la rapiña ni el cohecho ni la concusión ni los negocios inconfesables. A esa legión pertenecieron ilustres patricios que la historia no ha olvidado: Manuel de la Peña y Peña, José Joaquín Herrera, Mariano Arista, Melchor Ocampo, Valentín Gómez Farías, León Guzmán, Ezequiel Montes, Santos Degollado, Ignacio Ramírez, que después de haber manejado tesoros, moría en la mayor pobreza.

Los tiempos han cambiado. La fiebre del oro hace estragos entre los hombres de hoy día. Si escalan las alturas, es en busca, no del honor, no de la gloria, sino de la riqueza. Funcionarios que llegan sin recursos a una gubernatura o a un ministerio, se ostentan sin pudor alguno como millonarios, al cabo de dos o tres años de disfrute del poder. Los hay que cuentan sus millones por el número de meses que durarán en sus cargos.

No son únicamente los Funcionarios públicos los que así proceden. Igual falta de moralidad y de escrúpulos exhiben los hombres de negocios que a la sombra del gobierno especulan o que trafican escandalosamente con las mercancías de consumo necesario, con los artículos de que dependen la alimentación, la salud y la vida del pueblo trabajador.

Y todo porque han abandonado la vida sencilla y las costumbres de noble austereidad. Hoy se quiere vivir a toda prisa, amontonar caudales, consu-

mirse en orgía, agotarse en el placer, no despreciar ni un solo minuto en la conquista de la opulencia y la suntuosidad. Poco importa que para ello sea preciso sacrificar los principios y el decoro. Lo que hace falta es ascender, ascender siempre, y deslumbrar.

La edad madura da el ejemplo, impone la frivolidad, la ligereza y la despreocupación, la atrofia moral y el menospicio para la honestidad. Arastrada la juventud por el torbellino de malos ejemplos, se precipita por la senda que se le abre.

¡Es tan cómodo sacrificar la honradez a la posición, la moral y la rectitud a la religión del éxito!